

LA "BOMBA ENANA", EL CAMBIO DE OBJETIVOS: "DOCTRINA SCHLESINGER"

La idea de que Europa pudiera ser un día un campo de batalla en el que dos bandos o grupos de países se enfrentasen entre sí con armas facilitadas respectivamente por la Unión Soviética y por los Estados Unidos, mientras estos dos grandes países se mantenían en paz y sin intervención directa, quizá intercambiando entre sí visitas de sus respectivos Kissinger para apaciguar a los demás y llevarles a una negociación final, parece ahora imposible. Puede decirse que Europa no está en las condiciones del Oriente árabe, donde algo así acaba de suceder —y prácticamente está sucediendo en la fase de la negociación— ni en las de la península indochina. Pero nadie puede predecir que no vaya a ocurrir nada. Ni el tiempo que puede tardar en ocurrir. No hay nada imposible en historia ni en política. Todo lo más que podemos decir es que una hipótesis semejante parece lejana.

Sin embargo, algunos planes militares que se discuten —públicamente— en Estados Unidos tienden a calcular la hipótesis de la guerra europea sin Estados Unidos y sin la URSS —o con ellos como espectadores, manipuladores y, finalmente, decisivos—. Uno de estos planes es el de la fabricación de las minibombas nucleares. El otro, el del cambio de objetivos para los misiles de largo radio de acción.

Las bombas enanas

Las minibombas, o bombas enanas, están naturalmente resueltas desde un punto de vista científico —en realidad se partió de ellas en la escala atómica—, y su fabricación en serie en los Estados Unidos dependería de una autorización de créditos del Congreso en primer lugar, y en segundo lugar, de una autorización para que el Presidente de los Estados Unidos pudiese utilizarlas cuando las circunstancias lo hicieran necesario. Estas bombas que se consideran reducidas tendrían una potencia de un kilotón (el kilotón, o kilotonelada, equivale a un millón de kilos de trinitrotolueno); es decir, unas veinte veces inferiores en capacidad a la que destruyó la ciudad de Hiroshima. Son bombas tácticas, en tanto que los grandes artefactos de que

están dotados los misiles intercontinentales se consideran bombas estratégicas. Junto con las bombas pueden fabricarse los vectores, que las colocarían en su objetivo: cañones convencionales o misiles. Desde luego, pequeños aviones de bombardeo. Los vectores son lo suficientemente perfectos como para depositarlas exactamente en los objetivos deseados. Serían estos objetivos preferentemente militares y económicos: se supone que se utilizarían en una guerra de las llamadas convencionales, en las que podría haber concentraciones de tropas, cuarteles de estado mayor, aeropuertos, grupos de tanques, etcétera. Su explosión en estos puntos, en nudos de comunicaciones —carreteras, ferrocarriles— y en centros industriales económicos o de producción de material, se consideraría como «muy eficaz» desde el punto de vista decisivo de un combate —o de una guerra— y evitaría las pérdidas civiles al no emplearse contra las ciudades. Pero el problema de las radiaciones permanece. Aunque repetidamente se habla de la bomba «limpia», que sólo produce la devastación en el radio que corresponde a su capacidad, en los medios científicos se asegura que la bomba limpia no existe de ninguna manera y que las radiaciones se transmiten por sus vías acostumbradas: los ríos, el viento, la acumulación en las nubes, que luego desciende en forma de lluvia en lugares que pueden estar enormemente alejados del conflicto. Se supone también que el empleo de un gran número de bombas enanas por las dos partes podría crear una atmósfera radiactiva de gran importancia. La tesis de que se trataría de la posibilidad de una guerra nuclear controlada no presenta ninguna seguridad.

El cambio de los grandes objetivos

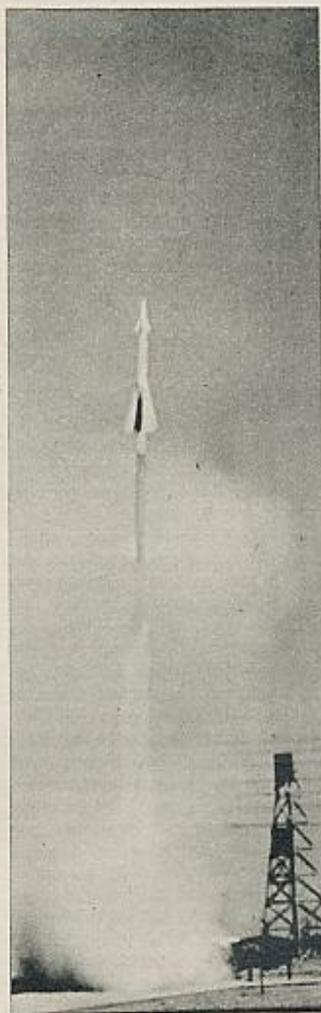
Simultáneamente se habla del cambio en los grandes objetivos militares de los Estados Unidos con respecto a la URSS. Es un tema que ha tratado el secretario de Defensa, Schlesinger, en un almuerzo con los periodistas. Todo este conjunto comienza a recibir el nombre de «doctrina Schlesinger», y si se lleva a efecto supone un cambio importante en

el pensamiento militar de Estados Unidos. Hasta ahora, los misiles de los Estados Unidos —en el país, en sus bases, en Europa y en el mundo, en los submarinos Polaris— apuntan directamente a las ciudades. Es decir, que los instrumentos electrónicos que nutrirían las rampas de lanzamiento en un momento preciso están calculados para disparar sobre las grandes ciudades. Es el plan llamado «Mad», nombre simbólico. «Mad», en inglés, significa loco. Pero no es este significado el que se ha querido darle, ni siquiera se tuvo probablemente en cuenta cuando se seleccionaron sus siglas de una expresión bastante clara: «Mutually Assured Destruction», o destrucción mutuamente asegurada.

Supone que en un caso de guerra sin límites, uno de los dos estados puede destruir las grandes ciudades —todas las grandes ciudades— del enemigo, pero que el enemigo conserva fuerza suficiente para destruir a su vez las grandes ciudades propias. Nixon, en 1970, se preguntaba: «¿Podría un Presidente, en el caso de un ataque nuclear, no tener otra opción más que la de ordenar la destrucción en masa de los civiles enemigos, en la certidumbre de que sería seguida por la ejecución en masa de los americanos?». La respuesta de la doctrina Schlesinger es esta: cambiar los sistemas electrónicos de forma que no apunten más a las ciudades, sino a los objetivos militares. La importancia de los grandes silos donde están los misiles es tal, que los hace prácticamente inmóviles, en su mayor parte. La URSS sabe dónde están los proyectiles atómicos de Estados Unidos, los Estados Unidos saben dónde están los de la URSS. Se trata ahora no de bombas enanas de un kilotón, sino de cabezas atómicas de cuatrocientos kilotones (es decir, veinte Hiroshimas). El plan es algo más complejo. Sólo una parte de los misiles estarían apuntados sobre objetivos militares; otra se quedaría en reserva para las ciudades. En la primera ola, una y otra nación tratarían de destruir el arsenal militar de la otra. Solamente en el caso de que este asalto inicial no fuese considerado como decisivo, y no aconsejase a una de las dos a pedir la paz, o a las dos a negociar directamente, se lanzaría la segunda ola. Esta apuntaría ya directamente a las ciudades, y se emparentaría con el plan «Mad», con la destrucción mutua.

¿Más lejos o más cerca de la guerra?

Naturalmente, este pensamiento militar está directamente inspirado por unas nuevas situaciones políticas, históricas. Por leve que sea la diferencia, por dudoso que sea el control entre la primera y la segunda olas, el hecho de que la puntería mutua pueda desviarse de las ciudades de cada una de las dos grandes potencias puede ser una forma de apaciguamiento o de compromiso entre ellas. Como se sabe, el pensamiento militar en estas cuestiones es, a lo largo de la historia, muy conservador, en el sentido de que ha de pasar mucho tiempo y se ha de tener mucha garantía después de un apaciguamiento político, para que las defensas comiencen a bajarse y las armas a reposar. Este leve movimiento de los grandes misiles indicaría un acuerdo mutuo entre las dos naciones. Schlesinger ha matizado sus declaraciones diciendo que el riesgo



de una guerra nuclear (mutua) «se está aproximando a cero». No sería tan decisivo el cambio de grandes objetivos de los misiles intercontinentales como la fabricación de las bombas enanas. Los dos países se sentirían así más seguros de que los conflictos podrían ser locales, y que podrían enfrentarse a través de otros, sin poner en riesgo sus poblaciones, su fuerza y su supervivencia. Sin embargo, esta opción puede ser dramática para los otros países, los que se vieran envueltos en los conflictos locales. El «Washington Post», al comentar noticias y declaraciones, indica claramente



que estas bombas enanas están pensadas para Europa. Nada impediría que se utilizasen en otros conflictos, como es el del Oriente árabe. En los dieciséis días de la última batalla se ha visto la utilización de este campo de batalla como polígono de maniobras para el material: tanques, aviones, misiles tierra-aire y tierra-tierra (antitanques) han servido para variar algunas de las nociones tenidas hasta ahora como válidas en el terreno de las guerras llamadas convencionales. En el caso de

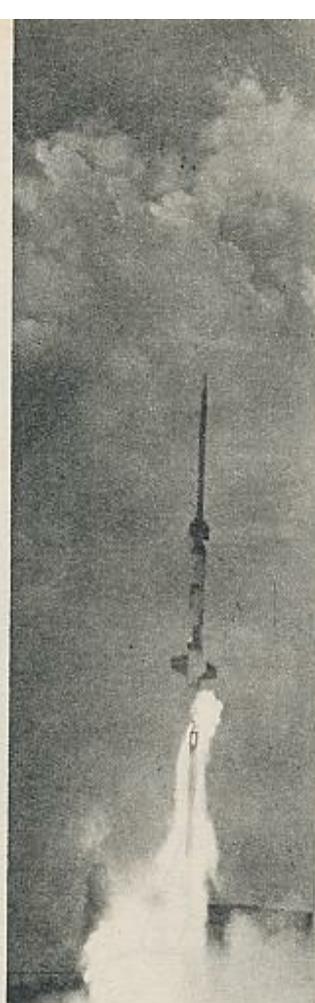
una repetición del conflicto armado —por razones naturales o artificiales— podría llegarse a emplear la bomba enana. Sería una ocasión perfecta de calcular sus efectos reales.

La falta de densidad política de Europa

Podemos ahora volver a enfocar con nuevas luces el tema de si una situación de conflicto en Europa, capaz de recomendar la utilización de las minibombas, puede o no producirse. Las dos Europas han entrado en este año con una mayor subordinación a sus naciones hegemónicas respectivas. No sólo la conferencia de seguridad y cooperación está dominada por los Estados Unidos y la URSS, sino también, y mucho más visiblemente, la de retirada progresiva de fuerzas convencionales, y, desde luego, la Salt —limitación de armas nucleares—, que es solamente un diálogo entre la URSS y los Estados Unidos: va a reanudarse dentro de unas semanas en Viena, y la conferencia de prensa de Schlesinger está, sin duda, relacionada con ello (como con la discusión de los presupuestos militares de Estados Unidos). La antigua idea de que Europa estuviese unida —esto es, interrelacionada—, sin distinción de ideologías políticas, la posibilidad de desaparición de organismos militares como el Pacto de Varsovia y la OTAN han vuelto a hacerse lejanas. Europa sabe que las bases americanas pueden movilizarse sin previo aviso: sabe que es enteramente vulnerable a cualquier crisis, sin haberla provocado, y que no puede defenderse de ellas. No se sabe de qué forma van a evolucionar los conflictos sociales y políticos en la nueva situación económica que se inicia, pero sabe ya que su intento de consolidarse como una entidad propia está bastante deteriorado. Aun en estas circunstancias, la aparición de un conflicto armado equivalente al de la última guerra mundial, pero en el que la URSS y los Estados Unidos aparecieran como espectadores —pero apostando, con bombas o con cualquier material, por sus favoritos— sigue pareciendo improbable y lejano. Pero no es imposible.

La guerra fácil

Hay críticos políticos y militares, sin embargo, que creen que si este plan mutuo se lleva a cabo, resultará que la guerra se ha hecho más fácil de lo que era. Cifrándonos a la cuestión europea: que dentro de lo improbable habrá más probabilidades de que se produzca. El año pasado se plan-



Juan Aldebarán

teó ya ante el Congreso de los Estados Unidos una cierta miniaturización de los proyectiles atómicos almacenados en Europa —sin llegar a lo que se propone ahora—, en razón de que podría hacerse más fácil el conflicto. Hasta ahora se tiene la noción de que la paz conseguida hasta ahora en la zona llamada occidental del mundo se debe al equilibrio del terror, al sistema «Mad», a la seguridad de la destrucción mutua. Si comienza a reducirse la capacidad de terror producido por las grandes bombas y por la noción de que el golpe nuclear no se puede atenuar, se habrá facilitado la guerra, y el mundo puede alejarse un poco del «grado cero» del que habla Schlesinger. La filosofía de la doctrina es, naturalmente, la opuesta: la guerra nuclear sigue siendo algo prohibido, pero en el caso de que llegara a producirse, sería mejor que estuviese localizada y que se dirigiese a objetivos militares.

Las incógnitas

Una serie de incógnitas, naturalmente, rodean esto que se sabe y se discute. Una de ellas, cuál es la verdadera situación del asunto: como es lógico, o al menos como es tradicional y acostumbrado, los secretos militares nunca se revelan enteramente, y es posible suponer que cuando un

tema sale a la luz pública pueda ser como un iceberg, del que sólo emerge una cuarta parte, mientras que otras tres quedan sumergidas bajo el mar. La segunda incógnita reside en los acuerdos que pueda haber ya entre la URSS y los Estados Unidos en ese sentido; si las declaraciones de Schlesinger están destinadas principalmente a ver cómo responde Moscú o, por el contrario, si están ya acordadas por Estados Unidos y la URSS, y su objeto es ver cómo responde la opinión pública de los países y la del mundo.

Una tercera incógnita es el Presidente Nixon. Es posible que con otro Presidente en quien resida la última capacidad de decisión de «apretar el botón» que desencadene la guerra, tanto los Estados Unidos como la opinión mundial aceptarían con menos recelo este cambio de estrategia. Pero Nixon ha perdido confianza y credibilidad, a lo cual ha contribuido no solamente su situación política interior, sino la precipitada alarma nuclear del mes de octubre y la utilización de los países europeos por abastecer de armas a Israel. En el fondo, esta incógnita es más fácilmente discernible: la importancia del tema desborda el tiempo que aún le quedaría a Nixon en el poder si llegase a terminar su mandato; por otra parte, la realidad es que el Presidente de los Estados Unidos no es, en este momento y en este caso, mas que un símbolo, y que la decisión de lanzar o no una guerra depende de fuerzas que siendo relativamente invisibles le desbordan.

El Congreso

Se supone que cuando estos temas lleguen al Congreso y cuando éste lo examine con la minuciosidad que le es acostumbrada, sobre todo, interrogando a Schlesinger sin piedad, puede ser detenido. Los fondos del presupuesto se desmenuzarán y no dejarán lugar a la fabricación de bombas enanas o de cambios estratégicos importantes. También puede temerse un «recalentamiento» de la situación mundial en el Oriente árabe o en cualquier otro lugar, producido por quienes están directamente interesados —sobre todo, las industrias de guerra— en que estas fabricaciones se lleven a cabo, y que el enfrentar al Congreso con hechos graves le obliguen a tomar posiciones más favorables. Puede esperarse igualmente que a partir de ahora haya una nueva ola de noticias anunciando el desarme de la URSS, la producción soviética de nuevas y mejores armas. Son medidas acostumbradas. Y, en último extremo, siempre podremos desconfiar de las partes ocultas del iceberg. ■